



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCULTORES
AGAPITO VALLMITJANA



Dócil el mármol á su cincel
marca y refleja su inspiración.
¡Que no se agote jamás en él,
para honra y gloria de la nación!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Adivinanzas, por Eduardo de Palacio.—Las ciruelas, por José Estremera.—Un consejo en serio, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Yo la tengo!, por Antonio Peña y Goñi.—Cartas sobre el teatro, por Sinestro Delgado.—Polémica, por José Borrás.—Romances infantiles, por Manuel Ossorio y Bernard.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Agapito Vallmitjana.—Sexo femenino.—Carn *feroce*, por Cilla.



El día de San Antonio no ha resultado todo lo alegre que era de esperar, porque la crisis ha venido á dejar en proyecto muchos festines y á quitarle animación á otros, que se celebraron en las fondas baratas.

Hay una porción de «Antonios» que son empleados públicos y habían convidado á sus amigos de confianza; pero llegó la noticia de la crisis, y ¡adiós júbilo!

Mentira parece que la política influya de un modo tan directo en el seno de los hogares.

Todos los años convidaba D. Nemesio á varias personas de su intimidad para festejar el santo de doña Antonia, la dulce compañera de su vida. Como no tienen hijos, y viven el uno para el otro, D. Nemesio quiere que el santo de su esposa suene en toda la vecindad; porque es lo que él dice:

—Yo en el mundo no tengo más que á ésta; y llevamos treinta y dos años de matrimonio sin que nadie nos haya oído una expresión más alta que otra. Sólo un día ésta quiso ahogarme con una tohalla, porque me puse de parte del aguador en una cuestión que tuvo con él. Pero al fin no hizo más que morderme en esta mano.

—Yo tengo un genio muy pronto—replica ella.—Ya ve V. si querré á éste; pues sin embargo, el día que supe que se había metido á fusionista, me cegué y le di en la cabeza con un botijo de los chatos.

El matrimonio se pasa la vida dirigiéndose mutuos chicleos delante de la gente.

Viene uno y dice:

—¡Caramba, doña Antoñita! ¡Qué buen semblante tiene V. hoy!

Y contesta D. Nemesio:

—Esta siempre ha sido muy sana. Si la hubieran visto VV. en Vivero, cuando la conocí. Tenía el cutis como los melocotones. Después se le fué cayendo la pelusilla á fuerza de disgustos. Porque esta ha sufrido muchísimo: primero le salió en una cadera un bulto, y todos creímos que era efecto de la misma robustez; pero luego resultó que no era bulto.

—¿Nó?

—Era un hueso que se le había desencajado, y gracias á que un curandero muy hábil se lo fué rebajando con una lima. ¡Cuánto ha sufrido esta pobre criatura!... Después vió morir en sus brazos á una tía suya que le había dado el sér, como quien dice, porque la tuvo á su lado desde chiquita, y á fuerza de biberón y de alpiste cocido la sacó adelante. Después me quitaron á mí el empleo por una cuestión que tuve con una perra del juez de paz.

—¡Hombre, con una perra!

—Sí, señor, una perra que venía á ladrarnos todos los días debajo del balcón, y ésta le firó un tiesto y á poco más mata á un sacerdote que estaba tocando la guitarra debajo de una higuera. ¡En fin, á nosotros nos han pasado cosas!...

—Cuéntale lo de los carabineros—añade doña Antonia.

Y el esposo refiere que en una ocasión quisieron registrar á su señora, creyendo que llevaba un talego de sal debajo de las enaguas, y él se opuso al registro y entonces le metieron en la casilla y le estuvieron pegando más

de hora y media con una babucha del teniente hasta que al fin le dejaron en libertad.

Hace dos ó tres años que el matrimonio venía siendo feliz, porque él había logrado meter la cabeza en la Caja de Depósitos, merced á su aboingeo progresista; pero ahora, con lo de la crisis, anda soliviantado, pues le han dicho que va á haber cesantías...

Así y todo D. Nemesio ha convidado á los señores de Longoria, que son de Cádiz, y ella toca el arpa y él estuvo siendo flautín del Teatro Principal mientras duró la época revolucionaria, y, por consiguiente, es un profesor consumado. Además de este matrimonio se han sentado á la mesa de D. Nemesio las de Jáuregui, dos chicas vascogadas, soltera la una y viuda la otra, que se pasan la vida rezando y quitándole el pellejo á los demás mortales, de Sagasta para abajo. En clase de feas son de lo más subido que hay en España, y eso que se barnizan el rostro con yema de huevo y polvos de Segovia, y se tiñen las cejas y se dan carmín en los labios, y así sucesivamente.

Entre los convidados figuraba también D. Sabino, compañero de oficina de D. Nemesio, solterón impenitente, asturiano y glotón de nacimiento. Es hombre que se jacta de haber comido, por apuesta, dos docenas de huevos duros y un queso de bola; pero en su casa de huéspedes come un plato de judías por la mañana y su puchero por la tarde. Los domingos suele tomar un café con media tostada, y siempre regaña con el mozo porque se la da falta de peso, según dice.

¡Buena diferencia de otros años! D. Nemesio estaba triste. Doña Antonia recibía las felicitaciones sin alegría de ningún género.

Cuando vió que traían el arpa de los de Longoria, no fué para darles las gracias, ni para decir á la chica que la tapase con una colcha, según costumbre.

—Aquí estamos nosotros con nuestro instrumento—dijo la señora.

—¡Ay, hija!—añadió Doña Antonia.—Lo agradezco mucho, pero tenemos una pena horrible.

—¿Qué sucede?—preguntaron todos.

—Hay crisis—contestó el ama de la casa;—y como este se ha significado tanto en el partido, porque hasta es visita de Mansi, y fué uno de los que dieron «vivas» á Casola cuando le tocó el premio grande, tememos que se venguen ahora los que suban.

D. Sabino, el glotón, trató de reanimar el espíritu de su compañero, asegurando que los Ministros entrantes serían lo mismo que los salientes; pero no pudo conseguir que se tranquilizase aquel matrimonio, y aprovechándose de su abatimiento se fué al comedor y estuvo comiendo aceitunas y bebiendo vino mientras en el gabinete exhalaba ayes doloridos D. Nemesio.

La comida no resultó tan buena como otros años. Había una sopa de fideos que sabía á goma elástica.

—Dispensen VV.—dijo Doña Antonia,—pero con la noticia de la crisis no sé lo que hago. En vez de sal, eché en la cazuela un tirante de mi esposo.

La carne asada parecía hule y el propio D. Sabino, que es capaz de comerse la capota de un guardia de orden público, no pudo menos de decir melancólicamente:

—No, con esta tajada no puedo. ¡Qué lástima!

Ni los de Longoria hicieron uso de sus facultades artísticas, ni D. Nemesio dijo los chistes de su repertorio, ni pasó nada digno de mención. Sólo las de Jáuregui sacaron el mayor partido posible de las circunstancias, poniendo de oro y azul al Gobierno porque no protegía al sacerdocio ni restauraba los templos ni le daba una cruz á Carulla.

¡Oh, qué día de San Antonio más triste han pasado los funcionarios públicos!...

Y antes de echar la firma hablemos del último libro de Manuel Matóses, *Loza ordinaria*, colección preciosa de artículos con un prólogo de Eusebio Blasco.

Estos dos nombres valen por todos los elogios del mundo.

LUIS TABOADA

ADIVINANZAS

—¿No sabes quién me ha escrito?
 — Si tú no me lo dices...
 — Pues aquella Amparito que fué en los Bufos tiple disoluta ó tiple colectiva; aquella chica enjuta, alta, graciosa, alegre y expresiva, con un par de ojos negros más traidores que trato de consuegros; que la tuvo Arderfus, que esté en gloria; ¡hombre, tienes malísima memoria! Una que en *Los Sabrinos* salía entre las chicas fumadoras; que tuvo relaciones con dos sietemesinos, y anduvieron un día á mógicones regocijando al coro de señoras.
 —Nada, que no recuerdo; pero bien, ¿qué te ha escrito?
 —Una carta, en que dice que un bendito, un hombre al parecer bastante cuerdo, perdido enamorado, «embistiendo» con todo se ha casado; y ella, en aire jocoso, me ofrece el nuevo estado y el espjso. ¿Qué te parece?
 —Nada; que celebro que esté tan bien casada.
 —¿Quién dirás tú que ha muerto?
 —La respuesta es sencilla: cualquier vivo.
 —Vamos á ver si aciertas.
 —Yo no acierto.
 —Ha sido un golpe atroz.
 —Definitivo.
 —Figúrate que no hace cuatro meses tomé café con él, y estaba sano: marchó á Cuba temiendo á los ingleses, y esto fué en el principio del verano.
 —Pues, chico, en ese tiempo transcurrido no es nada el personal que ha sucumbido.
 —¿Pero no das en quién?
 —Sin otro dato...
 —Cuidado que eres torpe y mentecato.
 —Mil gracias.
 —Pues... Fulano; un buen artista.
 ¿Qué tal? ¿Le conociste?
 —Ni de vista.
 —Cuánto calcula usted que habré gastado el invierno pasado en calzones de punto y calcetines para mis chiquitines, sin contar al de cría? El mayor está ya en la Escuela Pía. Vamos, calcule usted.
 —No soy perito...
 —Pero usted diga...
 —¡Dale!
 —Necesito diez mil reales al año.
 —¡Diez mil reales!
 —Quinientos duros justos y cabales.
 —¡Gastar es!
 —Pues lo pruebo.
 ¿Lleva usted ahí un lápiz?
 —No le llevo.
 —Matemáticamente...
 —No, no, me basta con que usted lo cuente.
 Andan por ahí sujetos indiscretos que ni en veras ni en chanzas hablan sin proponer adivinanzas: los hay buenos sujetos, como los hay en el hablar *palmasor*, que llevan el compás dando codazos. De ellos y de los chatos infelices, que, no sé si en venganza ó si de broma, nos arriman su boca á las narices para que disfrutemos de su aroma, que Dios nos libre en todas ocasiones, pedidle en vuestras cortas oraciones.

EDUARDO DE PALACIO.

LAS CIRUELAS

I
 En una plácida tarde
 al morir la luz Febea

que en los altos minaretes
 temblorosa se refleja,
 furtivamente pasaban

Azarque y Zoraida bella,
 por un carmen escondido
 que el Darro fecunda y riega.
 Después de muchas caricias,
 juramentos y promesas,
 que apenas del labio salen
 lijero el viento se lleva,
 á la orilla de una fuente
 y bajo un árbol se sientan,
 que ostentaba entre sus hojas
 cien sonrosadas ciruelas.
 Dos ojos como dos soles
 abría Zoraida al verlas,
 porque á Zoraida la fruta
 le seduce y le deleita.
 Y como ocultar no puede
 el deseo de comerla,
 así á su amado le dice
 entre ruborosa y tierna:
 —Si aqueza tu cimitarra,
 que en mil campales empresas
 tajando á diestro y siniestro
 dió á tu nombre fama eterna,
 cual cabezas de cristianos
 supiera cortar ciruelas,
 mucho más gusto daría
 hoy á tu Zoraida bella.
 En esto el abencerraje,
 comprendiendo la indirecta,
 da al viento la cimitarra
 con tal brío y gentileza,
 que las damas más garridas,
 más nobles y más apuestas,
 mil vítores le darían
 como en el coso le vieran.
 Reveses, tajos, mandobles
 en las ramas menudean,
 y cayendo el dulce fruto
 por el verde césped rueda.
 —¿Quieres una? —le pregunta
 á su amante la agarena.
 —Yo quiero todo —él responde—
 cuanto de tu mano venga.
 Ella con dos dedos toma
 una, á los labios la acerca
 del galán, que aquellos dedos
 logra besar al comerla.
 Y tanto este juego place
 tanto al moro como á ella,
 que repitiéndolo alegres
 pasaron horas enteras.

II

Ella á la noche, burlando
 la vigilancia paterna
 á su agimiez asomada,
 á su amado Azarque espera.
 Ya se oye rumor de pasos,
 ya se oye ruido de espuelas
 y ya á la luz de la luna
 flotante alquicel blanquea.
 Echa la mora una escala,
 el moro sube por ella
 y la mora con sus brazos,
 contra su seno le estrecha.
 Como en la tarde, volvieron
 juramentos y promesas,
 que apenas del labio salen
 lijero el viento se lleva.
 El de pronto—Alá te guarde—
 dice, y á bajar se apresta,
 y ella le dice—Amor mío,
 ¿cómo tan presto me dejas?—
 Y como andaba celosa
 de una linda nazarena,
 piensa que su amor buscando
 hacia su morada vuela.
 —Tienes amor tornadizo, —
 le dice con honda pena—
 y buscas en otros brazos
 lo que en los míos te pesa.
 No te vayas.

—Es preciso.

—Escucha.

—No me detengas.

—Oye mis quejas.

—No puedo.

—No me abandones.

—Es fuerza.

—Ya sé que en nuevos amores
 pasar la noche deseas;
 ya sé que adoras á otra
 y que me dejas por ella.—
 Y él le dice, deslizándose
 ya por la escala de seda
 haciendo mil aspavientos
 y temblándole las piernas:
 —No temas que yo te olvide
 mi dulce bien, no lo creas;
 lo que me obliga á dejarte
 no es amor, són las ciruelas.

JOSÉ ESTREMERÁ.

UN CONSEJO EN SERIO

Á MI AMIGA F. G. H.

Me han dicho, mi querida Filomena,
 que un tal don Juan de Cabra te hace el oso,
 y que al ver que el don Juan es un vicioso
 no puedes con el peso de tu pena.

Yo conozco al galán: es riojano
 y cuenta con haciendas junto al Ebro;
 mas tiene el interior de su cerebro
 lo mismo que la palma de la mano.

Yo bien sé que el saberlo te acongoja;
 mas dicen que es un tuno Juan de Cabra,
 en toda la extensión de la palabra
 y en toda la extensión de la Rioja.

Se finje santurrón y es un villano;
 con su llanto ha ganado tu albedrío;
 ¡y es que sus ojos son de regadío
 á pesar de que el alma es de secano!

Despídele sin más incertidumbres
 y piensa, sin andarte en más bobadas,
 que si están sus costumbres relajadas
 necesita una bizma en las costumbres.

¡No le des, si presumes de discreta,
 el tesoro sin par de tu cariño!
 ¡que empeñó la vergüenza siendo niño...
 y ha perdido después la papeleta!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡YO LA TENGO!

Á LUIS TABORDA:

Oye, tú, Caran d'Ache literario, ¿quién te ha dicho que es humillante tener una escribanía de plata?

Yo la tengo, ¿te enteras? la tengo limpia, flamante, superior, que echa lumbre y da gloria de verla.

¡Envidioso! Voy á describírtela, con todos sus pelos y señales, para que

SEXO FEMENINO



—Pues sí, me cogió la mano por sorpresa y me la dió un beso abrasador. Pero en seguida me dijo que pediría mi mano á mamá.

—¿Ves? Todos, antes de pedir la mano á la madre, se la cojen á la hija. Yo no sé para qué la piden.



—Él quiso abrazarme, y yo...
—Te pondrías colorada.
—¡Cál! le di una bofetada;
por cierto que le choió.



—¿Otro traje la de Quijada? Bien se conoce que no la viste mi modista, ¡esa infame, que no da una puntada si no cobra la hechura del anterior!



—Los hombres son siempre los mismos, y siempre la engañan á una.

—No señora, siempre no; porque ahora ya no cae esa breva.



—¡Calla, pendón! que si yo te cojo por mi cuenta no te vas á poder sentar en quince días.



—Vamos á ver, doña Natalia, y ¡qué hago yo con ese hombre que me persigue?
—Pero ¿está usted segura de que la persigue? ¡Será para matarla!



—Puesto que ese no viene, me haré la cuenta; de que se me han perdido cuatro pesetas.



—¿Has visto á Lorencito Cruz, que acaba de pasar? ¡Ay, hijo! ¡Qué mal gusto tiene para las corbatas!

sepas respetar otra vez lo que está fuera de tus menguados alcances y desprecias y vilipendias por esa razón. Escucha y tiembla.

Tiene mi escribanía escribana una peana octogonal, no regular del todo, sino cruzada por airesas ondulaciones que rompen la monotonía de la línea recta, y establecen, en el total, la armonía estética: la unidad varía y la variedad una.

La peana es cuadrúpeda puesto que posee cuatro piés; pero no piés tiesos, rígidos y sosos, sino cuatro soportes de adorno, airoso, gentiles y graspos y llenos de vida, de belleza y de animación. ¡Y todo de plata!

Pero aguárdate un poco, que lo anterior es barro con lo que viene ahora. Encima de la peana se ostentan la salvadera, el tintero y... ¡la Biblia!... porque no hay manera de expresar lo que se ve en medio de entrambos recipientes. Vamos por partes.

La salvadera y el tintero son cilíndricos y tienen ranuras equidistantes que cortan los cilindros de arriba abajo y les prestan aire varonil de *exigiu* guerrero. (Lo del *exigiu* lo digo en francés por requerirlo así el ritmo de la frase).

Descansan el tintero y la salvadera sobre un círculo precioso empotrado en otro liso y duro que permanece escondido mientras no se toca á los recipientes.

Y forman las asas de las dos tapaderas sendas coronas de laurel que no hay sino miraras para comprender que se destinan á mis sienes augustas y me convierten *ipso facto*, en inaccesible genio.

¡Ahora viene la Biblia! Figúrate un ara sencilla, severa y elegante con dos señoras aladísimas, bilaterales y opuestas por la espalda. Las dos apoyan sus piés descalzos en sendos globos, muestran á través de finísimas enaguas las pantorrillas y medio muslo, exhiben dos regiones mamarías mórbidas, redondas y puntiagudas y te ofrecen una rosa en cada mano (dos mujeres y cuatro manos hacen cuatro rosas) que no las cambio yo por toda la flora papal de éstos y los futuros tiempos.

¡Y no he terminado aún! Sobre el ara alzase gallardísima una ánfora conspicua en cuyo seno hierve y de cuya boca se escapa un vapor genial, trasunto fiel del que late en la mente del artista inspirado.]

Coges el ánfora, levantas con ella el ara y aparece á tus ojos un receptáculo adorable donde puedes poner sellos, obilas, fósforos ó la que te dé la gana. Y á la *vera* del ánfora, cuatro agujeros para colocar las plumas ó los lápices ó lo que se te antoje.

Total, una peana superior, una salvadera y un tintero de primera, un ara que desafia toda comparación, y una ánfora que Lúculo me hubiera comprado en nueve mil sextercios, y me quedo corto. ¡Y todo, absolutamente todo, de plata!

Ahí tienes mi escribanía. Vamos, ponte la mano en el corazón y dime si una cosa así humilla al que la posee. ¡Un demonio! ¿Qué ha de humillar, hombre! Ahora, si me dices que mojar la pluma en un mueble de esa *ex-titud* es humillante, entonces el caso es discutible.

Yo creo que es humillante, en efecto, pero no para tí sino para la escribanía. Por eso te doy mi palabra de honor de que la mía está virgen, que yo me sirvo de un tintero monumental de vidrio donde caben dos toneladas de tinta, y que la escribanía de plata hace, en mi mesa de trabajo, el mismo efecto que una moña de lujo en el cerviguillo de un cornúpeto: limpia, fija y da esplendor.

Tú tienes (es una comparación) mi escribanía de plata, y se te presenta cualquiera y te pide un artículo.

—¿Cuánto quiere usted por él?—te pregunta.

Si tienes escribanía de plata ¿quieras apostar una á que le dices valientemente:

—¡Diez duros!

Y si no la tienes, ¿cuánto vá á que hajas la vista avergonzado y murmuras:

—Lo que V. me dé.

Mira cómo la escribanía de plata, lejos de humillarte, te ha dado valor, te ha dignificado, te ha hecho crecer al castigo. Y si cobras diez duros en vez de tres ó cuatro, ¿a quién se lo debes? Á ella y nada más que á ella.

La que tengo yo me la regaló mi suegro cuando me casé. Comprendo que con lo de las coronas de laurel y los vapores del genio, quiso adularme un poco, pero no hay que dar demasiada importancia á las debilidades de familia; por algo son los suegros padres *políticos*.

¿Y querrás creer que un día estuve á punto de vender la escribanía? Sí, hijo, sí; en cierta ocasión, y por timo de ésos vértigos de hipocondría que aquejan á los histéricos masculinos, amanecí con el prurito de deshacerme del *supéle*, porque su vista me encharcaba en un océano de tristezas.

Lo cogí, lo desarticulé, lo metí en una *Correspondencia de España* y me fuí á casa de un platero. El apreciable industrial manchó con sus manos harpagonescas el regalo de mi suegro, examinó la escribanía, la tendió hecha pedazos en el platillo de una balanza, la pesó, contemplóla largo rato, y con gesto despreciativo dejó caer...

—Veintisiete duros.

—¡Vaya V. á hacer gárgaras!—contesté.

Y recogí el cadáver y volvíme para casa, y torné á articular aquellos pedazos; y después de besar amorosamente á las dos mujeres, al ara, á los cilindros y al vapor del genio, juré morir abrazado á la escribanía, mientras no me hagan falta veintisiete duros.

Vamos ¿y eso? Te parece humillante tener ante tu vista veintisiete duros en efectivo?

¿Crees tú que humilla á alguien ser dueño de ciento treinta y cinco pesetas para un apuro imprevisto?

¡Anda, padre putativo de Regulez y las de Balduque, que menos da una piedra!

Conque ya lo sabes; cuando te hagan falta duros veintisiete, avisa y haremos una visita al platero. Y si conceptúas eso humillante, echa por esa boca, que yo estoy dispuesto á defender mi escribanía con la astucia y el saber de un toro *humillado*.

Aunque sea mala comparación.

ANTONIO PERA Y GOSI.

CARTAS SOBRE EL TEATRO

PRIMERA

Que puede servir de introducción

Sr. D. Miguel Echegaray
Madrid.

Mi buen amigo: Ante todo perdona si le molesto con coplas intempestivas y romancillos de ciego; pero tengo mis razones poderosas para ello, y allá va, en prueba, la lista de las razones que tengo. El teatro, aunque lo nieguen los mamarrachos modernos que miran estos asuntos con cierto desdén grotesco, es, más que pretexto fútil para entretener el tiempo, barómetro que señala la cultura de los pueblos. No porque dando lecciones de moral, en prosa ó verso, pueda variar las costumbres y tornar lo blanco negro, sino porque forma el gusto literario, malo ó bueno, y país que entiende el arte como es preciso entenderlo, se hace pronto refractario á los instintos groseros. Bueno, pues como resulta que, según dicen sujetos apreciables, el teatro está en crisis, y yo creo que es esta más importante que la crisis del gobierno, quiero echar mi cuarto á espaldas aunque no me quede un céntimo. No sé me oculta qué el tema, es cursi de puro viejo, pero no ha perdido nada de su importancia por eso.

En religión, en Hacienda, en política, en derecho..., graves cuestiones se agitan en los actuales momentos; caen los ídolos antiguos y suben ídolos nuevos, impera el desbarajuste, se lucha en todos terrenos, y como los combatientes saben que el caso es muy serio

se defienden como pueden, gritan mucho, y pegan recio.

Únicamente el teatro va lentamente cayendo sin que un alma compasiva trate de poner remedio.

Todos esperamos, todos, esa aparición del genio que nos marque nuevos rumbos y decida el derrotero; pero cruzados de brazos, quién llorando, quién gimiendo, vamos á llegar al colmo y ni Dios lo arregla luego.

Mi pobre grano de arena en estas cartitas llevo, y en verso se las escribo, no porque entienda de versos, sino porque todos saben que entiendo de prosa menos. Su nombre ilustre he tomado sin pedir consentimiento, porque es usted de los pocos hombres de gusto y de ingenio que trabajan por el arte con gran entusiasmo, lejos de cómicos, empresarios, autores y revisteros; porque hace usted una comedia, va al ensayo y al estreno, y se vuelve usted á casa para trabajar de nuevo, sin enemigos ni chismes, ni camarillas ni enredos; porque es usted á su modestia la ilustración y el talento, y en fin, porque me es usted simpático hasta el extremo.

Conque quedamos, vecino, en que la empresa acometo y le dirijo mis cartas plagadas de desaciertos, no para pedir respuesta, que eso fuera atrevimiento, sino para darle el gusto de decirle lo que pienso.

Reciba usted un abrazo de su amigo verdadero:

SINESIO DELGADO.

POLÉMICA (1)

Vivieron en los tiempos medio evales
dos sabios eminentes,
que con una polémica excitaron
la atención de las gentes.
Al lanzar su opinión dieron mil pruebas
de erudición vastísima,

(1) Del libro *Pajarinas de papel*, próximo á publicarse.

y la tesis propuesta se hizo célebre
por lo originalísima.
Voy el caso á exponer en breves frases;
la cuestión era ésta:
«¿Qué dicen, al cantar, las codornices?»
Oigamos la respuesta:
—¡Buen-pañ-hoy! ¡Buen-pañ-hoy!—uno decía
que en los trigos gritaban.
—¡Hues-pe-dél! ¡Hues-pe-dél!—decía el otro
que era lo que cantaban.
¿Llegaron á entenderse? Ni por pensar;
revolvieron infolios,
y aduciendo el pensar de los Etruscos,
los Romanos y Eolios,
con terquedad gascosa los dos sabios
siguieron en sus trece.
¡La verdad será una é inmutable...
pero no lo parece!
—¡Buen-pañ-hoy! ¡Buen-pañ-hoy! Está bien claro—
uno de ellos decía.
—¡Hues-pe-dél! ¡Hues-pe-dél! No hay más que oírlo—
el otro respondía.
Y de este modo, entrambos sostuvieron
continuas discusiones,
hasta que al fin, según las malas lenguas,
se llamaron *melones!*
Murieron de dolor los infelices,
y hoy es cosa probada
que al cantar las sencillas codornices...
¡no dicen absolutamente nada!

JOSÉ BORRÁS.

ROMANCES INFANTILES

¡BATEO!

Alguna fiesta se anuncia,
algo pasa en la parroquia,
pues las campanas repican
y las capillas se adornan.
Quedémonos á la puerta
donde están há media hora
treinta ó cuarenta muchachos
de todas las calles próximas.
Dos coches de cuatro asientos
lugar junto al atrio toman,
con el «se alquila» bajado,
pues se alquilaron por horas.
Pie á tierra, los que los guían,
mientras las manos se frotan,
alegremente conversan
de lo que no nos importa.
Y los chiclelos en tanto,
unos juegan á la toña,
otros saltan ó se oculan
debajo de las carrozas,
ó las impresiones cuentan
de su existencia azarosa.
Quién dice que fué á la escuela
y que sembró en la poltrona
del maestro los alfileres
con que éste prendió unas ropas;
quién que á una gata en el rabo
sujetó una cacerola
y que aquella salió huyendo
frenética y como loca;
quién más graves confidencias
á su cargo luego toma
y de pañuelos... hallados
muestra colección copiosa;
quién, afectando descuido,
tira una china de á onza,
á un señorito, en castigo
de gastar *leva* y *cano*;
quién á un aguador pacífico
da un azote, que le enoja,
y echa á correr temeroso
de que le vuelva la broma.
Después, más apaciguados,
al atrio del templo tornan
y entablan nuevos diálogos
de que hemos de tomar nota.
—¿Y entró ya la criatura?
—Con una falda de blondas
y unos cintajos azules
y verdes, que dan la hora.
—¿Viste á la madrina?
—¡Vaya!
Y que es toda una real moza.
—¿Y el padrino?
—Es uno alto,
de bimba.

—¿Y qué otras personas?
—Dicen que el padre, un vejete,
que se tumba si le soplan;
dos primos de la parida,
y el ama, una gallegota,
igual, y mal comparada,
á una vaca de las gordas.
—¿Y habrá cuartos?
—¡Ya lo creo!...
Pues si es toda una persona
el padrino: dice *el Tizne*
que trajo bastón de borlas.
—Será del Ayuntamiento.
—O médico ú otra cosa.
—Yo he oído á los cocheros
que los tomaron por horas
en la Posada del Peine,
junto á la calle de Postas,
que han venido muy despacio
y que desde la parroquia
llevarán la comitiva
al Café de la Concordia.
—Pues, como no haya bateo,
dí tú que armamos la gorda.
—Y que seguimos los coches.
—Y que no para la bronca
hasta que arrojan más perros
que los que mató la bola.

En esto se abre la puerta
y salen con parsimonia
la madrina, la nodriza,
y otras cuatro ó seis personas
que á los coches se dirijen,
en tanto que les acosan
los muchachos harapientos
que hasta el paso les estorban.
—¡Padrino, un perro!

—Madrina,
carita de generosa,
eche unos cuartos al aire
para que estos los recojan.
—¡Bateo!
—Tomad, y basta.
—Padrino, á mí no me tocan...
—Ese se los ha llevado.
—Un centimito, señora.
Y entre gritos de ¡Bateo!
al cabo los coches toman
y los caballos emprenden
su carrera fatigosa,
mientras que lanza el padrino,
para librarse de moscas,
monedillas de dos céntimos
que cunden más que las otras.

M. OSSORIO Y BERNARD.



Dicen que tienes amores
con un cabo del resguardo...
¡Ancha tiene la conciencia
si así pasa el contrabando!

JOSÉ M. PONTES

Según *La Correspondencia*, Carulla ha publicado en la estimable revista católica *La Civilización*, tomándolo del acreditado periódico de Roma *La Civiltà Cattolica*, órgano del Vaticano, «un largo y razonadísimo artículo lleno de multitud de autorizadas y valiosas citas teológicas y profanas, titulado «De la economía política» con una introducción de «La población» y cuatro capítulos intitulados: «Teoría; el principio de población; el constreñimiento moral; la previsión conyugal.»

¡Demóngano! ¿en qué cosas y en qué constreñimientos se mete el colega!
¿Pero no ha puesto en verso siquiera un capítulo? ¡Ah! pues entonces no vale nada.

Pedro Miskas, que es mi amigo,
tiene costumbres muy toscas,
y á todas horas le digo:
—Miskas, ¿por qué miskas moscas?

Al fin parece que el Ayuntamiento se dispone á aceptar la proposición de los ganaderos, que tiende (estilo cursi) á abaratar la carne.

Esta noticia no necesita comentarios...

Porque parece un sueño
de rosa y oro,
que diría un poeta
de Valdemoro.

En el juicio oral.

—¿V. tiene noticias de si el matrimonio González se llevaba bien ó mal?

—No señor, no sé nada.

—¿V. no ha oído decir que el González daba malos tratos á su mujer?

—No sé nada.

—¿V. sabe á qué hora salió el González de su casa el 27 de Julio de 1886?

—No, no sé nada.

—¡Pero Vd. no sabe nada de nada!

—¡Qué quiere V., señor presidente! no he tenido estudios.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un pseudo-Cañete.—Sin embargo, y V. perdone la inmodestia, allí está bien aplicada la palabra. Pregunte V. á cualquiera.

K. Riño.—¡Caramba! ponga V. un poco más de cuidado... Por ejemplo, no se puede decir que una callejuela está llena de *ambrosía*, aunque haga falta aconsonantar con Andalucía.

Sr. D. R. G.—Zaragoza.—Eso no es *ná*, y además yo no tengo condiscípulos del bachillerato porque lo estudié solito en casa.

De modo que eres un trápala muy grande.

Poca cosa.—Efectivamente.

Sr. D. F. J. A.—Madrid.—Elio es viejecito y no está hecho con mucho cuidado *mayormente*.

Sr. D. A. C.—La rima plagada de defectos.

Sr. D. J. S.—Puerto Rico.—¡Impío sois!

X...—Y vos también. *Ainda* el verbo echar se escribe sin h.

Berugo.—El que quiera sonetos buenos que se moje las escamas.

Sr. D. M. L.—Madrid.—No es mala la idea, pero algo hay que pedir al desarrollo.

Sr. D. E. S.—Madrid.—Tiene un solo defecto:

que vale poco;
y usted perdone, amigo,
si me equivoco.

Repeluzno.—Esa especie de letrillas ha pasado de moda.

Aurreasco.—Son muy malos. Por eso no le contesté á V. antes.

Sr. D. T. T.—Veracruz.—La cuartilla de V. ocupa ya á estas horas el sitio que la corresponde.

Alí.—Así, así,

señor Alí.

Sr. D. J. M.—Barcelona.—No tiene V. idea de las sílabas ni de los consonantes. Y así no se puede ser periodista.

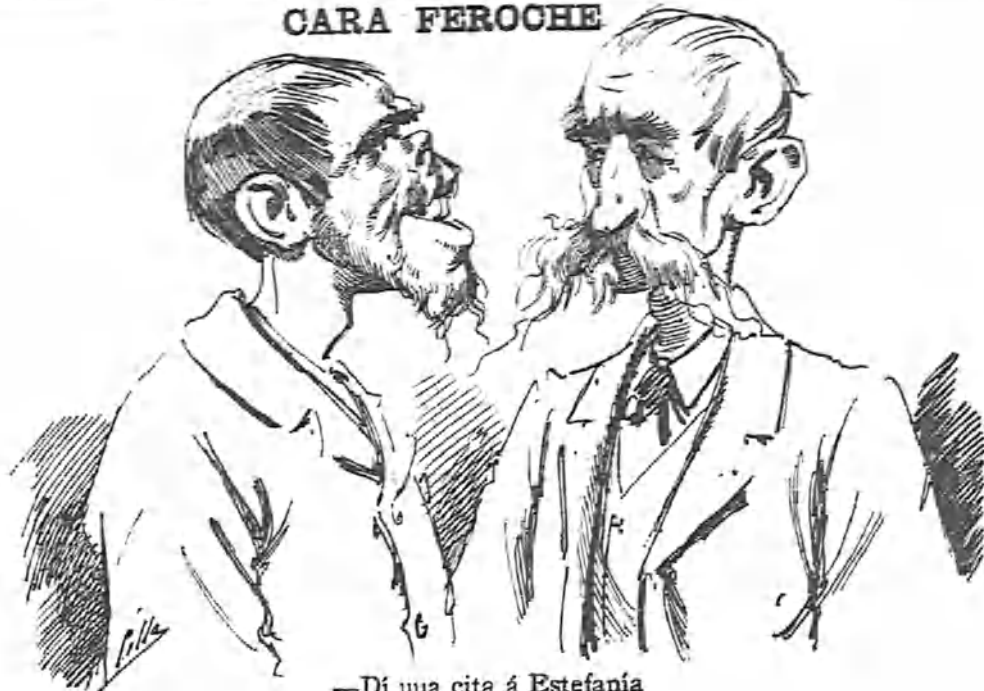
Sr. D. R. G.—Guanabacoa.—Muchas incorrecciones tiene. Gracias por todo.

Sr. D. A. G. de Q.—Madrid.—Hombre, eso no parece de V., porque hay una porción de versos duros, de trasposiciones violentas, *et sic de caeteris*.

Sr. D. M. R. M.—Madrid.—¡Demonio! Eso revela el desconocimiento más absoluto de las reglas del arte. ¿O es guasa?

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

CARA FEROCHE



—Dí una cita á Estefanía
y no la quiso aceptar.
—¡Claro! Se figuraría
que la ibas á secuestrar.

Lit. Espiritu-Santo, 18, Madrid

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CHILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar.	30 pesetas
Encuadernado en tela.	35 "
Cartulinas sueltas.	0,50 "